

Nunca está mal repetir las palabras de la Biblia, y es de buen gusto —de gusto por lo añejo— repetir las del Antiguo Testamento.

Releamos la conversación entre el Señor y Abraham, sobre Sodoma y Gomorra. *«Dijo el Señor ¿cómo podría ocultar a Abraham lo que voy a hacer? ...Dijo, pues, el Señor. La fama de Sodoma y Gomorra se ha acrecentado y su pecado se ha agravado en demasía. Descenderé y veré si la fama que hasta mí ha llegado la justifican con obras, o si no será así; así sabré ... Acercándose Abraham al señor le dijo: ¿Vas a perder al justo con el injusto? ¿Si hubiere cincuenta justos en la ciudad, perecerán de una vez, y no la perdonarás por causa de los cincuenta justos, si se hallasen en ella? Lejos de ti hacer semejante cosa y matar al justo con el impío, tratando por igual al justo y al injusto. No es digno de quien juzga al orbe de la tierra; no será tal tu sentencia.*

Y dijole el Señor: Si encuentras en Sodoma cincuenta justos, perdonaré al lugar entero por causa de ellos. Y respondiendo Abraham le dijo: Ya que he comenzado, hablaré a mi Señor, a pesar de ser yo polvo y ceniza. ¿Qué? Y ¿si fueran menos de cincuenta, por ser nada más cuarenta y cinco; vas a borrar la ciudad entera?

Y dijo el Señor: No la borraré si hallo cuarenta y cinco. Y de nuevo habló Abraham: y ¿si se encontraren cuarenta?,

¿qué harás? Dijo el Señor: no la castigaré, por causa de los cuarenta. No os indignéis, Señor, si continúo hablando: ¿qué, si se hallasen treinta?

Respondió el Señor: No haré nada, si se hallaren treinta. Ya que una vez comencé a hablar a mi Señor, dijo Abraham: ¿qué, si se hallasen veinte? Respondió el Señor: No mataré, por causa de los veinte. Rúegoos, Señor, dijo Abraham que no os enojéis conmigo, si hablo una vez más: ¿Qué?, si se encontrasen diez?; y dijo el Señor: No borraré la ciudad por los diez. Fuese el Señor... Y el Señor llovió del cielo sobre Sodoma y Gomorra azufre y fuego y destruyó esas ciudades y toda la comarca, a todos sus habitantes y todo verdor de la tierra» (Génesis: XVIII, 19-33; XIX, 24-26).

*Esta es la leyenda;
y ésta es la parábola.*

Supongamos que Sodoma, Gomorra y comarca incluyeran diez mil habitantes. Los vicios son una buena fuente de turismo e inmigración, ahora y entonces. Convengamos en que diez mil habitantes no son gran cosa para aquellos tiempos y tales lugares. Para salvar de la destrucción a los diez mil, el Señor se contentaba con el 1 por mil. No pecaba de exigente—más pedimos para salir dignamente electos en cualquier elección democrática.

Y se preguntaba a sí mismo el Señor: *«¿Cómo podré yo ocultar a Abraham lo que he determinado hacer?, ya que he de hacerte padre de pueblo grande y robustísimo y han de ser bendecidas en ti todas las naciones?, y sé además que has de mandar a tus hijos y a tu casa y después de ti el que custodien el camino del Señor y cumplan sus juicios y justicias, para que así realice el Señor, por causa de Abraham, todo lo que le dije?»* (Génesis XVII, 18-19).

Bendecidos por el Señor como estamos nosotros —somos una de las naciones— en Abraham, Abraham resulta investido de una función histórica, equivalente en su orden a la genética universal de Adán. Parece, pues, decirnos el Señor: Abraham es el paradigma de todos y de cada uno de los gobernantes de todas y de cada una de las naciones del MUNDO.

Cual Abraham, también ellos se hallan con pueblos cuyos vicios múltiples y variados —ascienden, clamorosos al cielo, de cuándo en cuándo; y el Señor, justiciero, baja a comprobar si la fama corresponde a la realidad, para así «saber» de vista lo oído por oídos. Que el Señor es justo y justos sus caminos.

Dichosos los pueblos que en tales circunstancias puedan contar con un gobernante, amigo del Señor, quien regatee cual Abraham el tanto por ciento de salvación. Para llevar tal negocio, de alta economía política, es preciso que el gobernante sepa con qué número de justos cuenta. Abraham sabía muy bien que en Sodoma, Gomorra y comarca no podía contar con diez justos, que lo fueran ante Dios.

Los intérpretes escriturarios, o algunos de ellos —que ahora no estoy muy seguro de mi memoria, en este punto—, llegan a afirmar que, si Abraham hubiera continuado bajando el tanto por ciento, hasta con un justo se habrían salvado del diluvio de fuego y azufre las nefandas ciudades de Sodoma, Gomorra y su comarca. Pero, con venia de ellos, Abraham conocía mejor a sus pueblos, y conocía mejor al Señor, y sabía lo que era decoroso pedir al amigo que es, en uno, Señor de justicia.

Convengamos, en la dudosa prerrogativa, de ser más exigentes nosotros en el tanto por ciento que pedimos para elecciones generales o privadas de instituciones. Tal vez por semejante sutil infracción de una norma del Señor, más de un pueblo, partido, institución ... sucumba bajo esos diluvios políticos que son revoluciones, dictaduras, reformas o bochinchas.

La historia profana aducirá, por supuesto, otras razones: *¿por qué se hundió el Imperio romano?; ¿por qué, la monarquía francesa de los Luises?; ¿por qué, la república española?; ¿por qué llegará a hundirse la democracia en...?* Preguntémosnos, haciendo la debida honra al Antiguo Testamento— que es Antiguo del Nuevo a que pertenecemos—, si el número de justos, a los ojos divinos o de la historia, llega o no, en tales casos, a ese decorosísimo número del uno por mil.

¿Puede emprenderse, decorosamente y con probabilidad humanamente decoros de éxito, una revolución, cuan-

do el número de los revolucionarios «justos» —a los ojos divinos o de la historia— no llega al uno por mil?

¿Puede intentar renovarse una institución, con humanamente decorosa probabilidad de empresa, si no consta, ante los ojos divinos o los de la historia, que el número de renovadores «justos» es al menos el uno por mil?

¿Puede mantenerse con vida pública «decorosa» una democracia si el número de «justos»: de ciudadanos obedientes a las leyes, trabajadores, no llega al uno por mil?

Grandísima y altísima cosa es la amistad con el Señor. Pero amigos del Señor, como Abraham, los ha habido pocos, —y, desde que Cristo se fue del mundo, poquísimos. Los Patriarcas de Naciones o Padres de Instituciones tienen que habérselas, ya, con señores, sutiles de entrevistar, cual el Espíritu absoluto o la Historia; y los regateos se hacen a base de estadísticas de «justos», sospechosas de parcialidad a favor del gobernante, o porque las hace el gobernante o porque se las hacen.

De cincuenta «justos» bajó Abraham a diez. La presencia del Señor no permite engañar ni disimular la verdad.

Se pueden ganar unas elecciones con la diferencia del uno por ciento o cinco por ciento en los votos de unos millones de ciudadanos. Mas no se identifican, ni a los ojos de Dios ni a los de Historia, ciudadanos con «justos». La estadística de los «justos» es la que decide de la suerte histórica de naciones e instituciones, partidos y confesiones.

Estamos desde hace unos cuatro mil años bendecidos por el Señor en Abraham. Pero la bendición del Señor no es carta blanca ni cheque en blanco; el uno por mil o los diez justos de Sodoma, Gomorra y comarca nos lo advierten con la claridad deslumbrante, y aun maloliente, de un diluvio de fuego y azufre, o de unas bombas atómicas.